

El espectáculo nacional molla

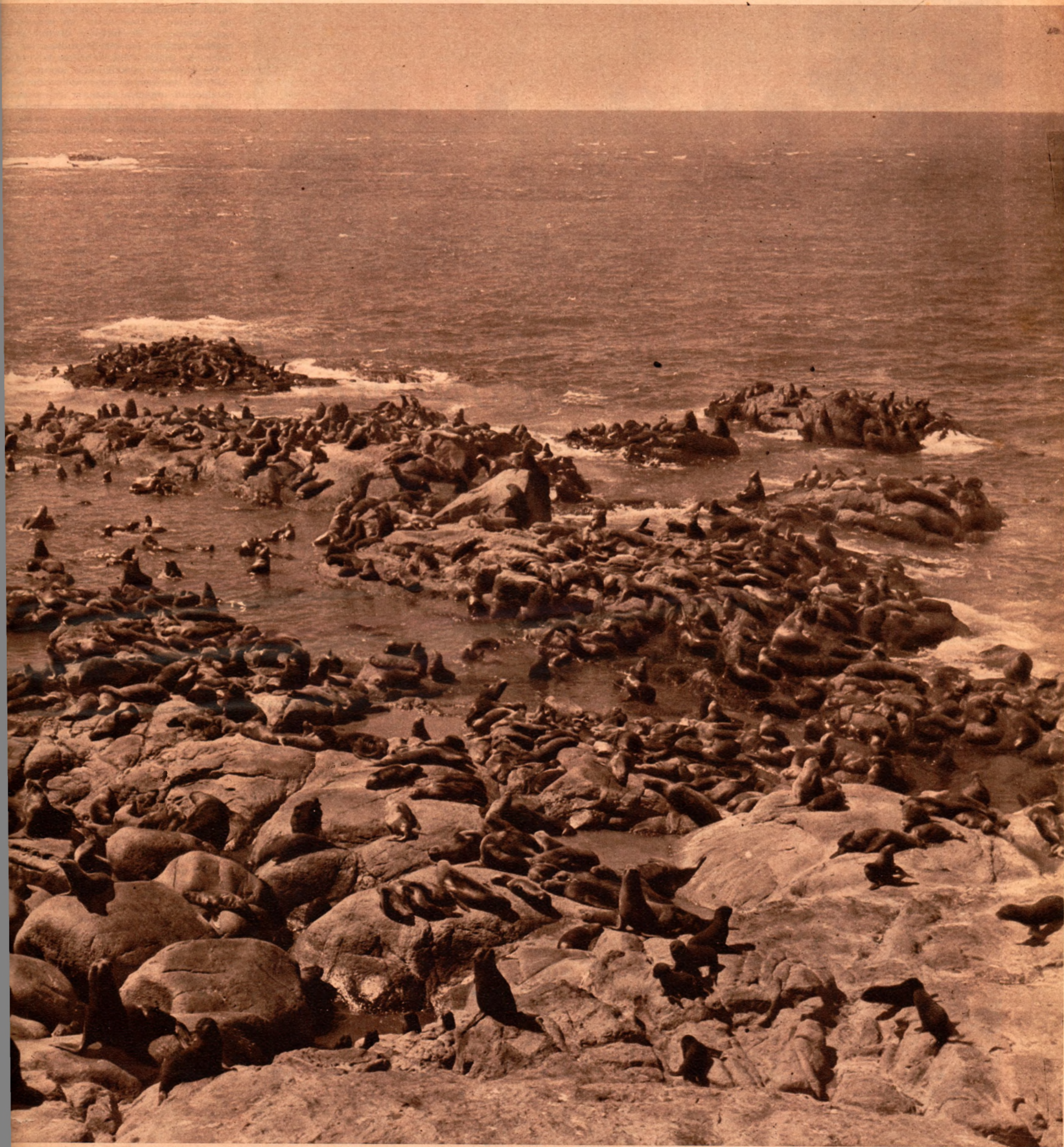
Va pag. 2-3.

AÑO XXVII. — Nº 1365.

EL DIA

MONTEVIDEO, MARZO 15 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



ISLA DE LOBOS.
(Fotografía Juan Caruso)

Centenares, tal vez millares de lobos, refugiados al pie del farallón, de más de catorce metros de alto, donde forman vivero, constituyendo un espectáculo de sumo interés y dramatismo, presenciar la lucha de los machos en la selección.



Estancia Casa Blanca. (Óleo de J. M. Blanes. Museo Nacional de Bellas Artes.)

Uruguay, país sin campesinos. — Al afirmar que el Uruguay es un país sin campesinos no tenemos en cuenta el volumen cuantitativo de la población rural sino el aspecto cualitativo de la misma. Las estadísticas nos informan que en la actualidad sólo el 15,66% de la población uruguaya vive en el campo (414.000 habitantes en 2.630.000); también podemos comprobar, por el manejo de los números, que hace 40 años el promedio llegaba al 20% y que, en consecuencia, el campo se despuebla paulatinamente.

Nuestra afirmación apunta a realidades más hondas, esquivas a ser traducidas en cifras, sólo mensurables con una escala intelectual.

Los típicos campesinos del Viejo Mundo, enraizados secularmente, en sus parcelas, unidos a la madre tierra por vínculos afectivos y mágicos, dotados de una tradición agrícola que justifica la categoría sociocultural del *homo-rusticus*, casi no existen entre nosotros. La agricultura, en efecto, no constituye únicamente una dimensión económica: es también una condición humana, una forma de vida: Roland Maspétiol, en este sentido, ha proclamado que "la actividad campesina no es solamente profesional; ella inclina a cierta actitud general ante la vida, actitud que tiene sus raíces profundas en la unión del hombre con el suelo. Esta actitud, además de incidir en la labor del trabajador, abarca los órdenes de la conducta y del espíritu; su sabiduría aconseja tanto las formas y las épocas del

trabajo como las relaciones de vecindad, la resignación ante los caprichos de la Naturaleza y el consentimiento del destino mediocre de los mortales (*L'ordre éternel des champs*, 1946, pág. 197).

En los países nuevos, surgidos de la conquista europea del ecúmene, los primeros campesinos transplantados practicaron, en la etapa de adaptación al medio, una modesta agricultura autárquica paralela a la gran hacienda colonial latifundista. Pero una vez creados los estados nacionales, se abrieron nuevas perspectivas. En América, particularmente, se hizo de la agricultura una empresa comercial. Se disponía de algo que faltaba en Europa: una tierra virgen, sin dueños, dilatada hasta el horizonte, siempre ampliada en sus límites por una frontera en marcha tras las carretas desbravadoras. Los americanos de las planicies del Norte y de las llanuras del Sur, conjuntamente con los súbditos canadienses, comprendieron que su destino de labradores debía circunscribirse a la gran agricultura comercial, al monocultivo especializado, nie-

canizado y destinado al abastecimiento de mercados extranjeros. No importaba que en Canadá la tierra sólo rindiera 1.200 kilogramos de trigo por ha. y que el promedio descendiera a 1.000 en Estados Unidos o a 700 en la Argentina. Lo fundamental era producir rápida y hábilmente, con poca mano de obra y pocos gastos, sin preocuparse por la ulterior suerte de la tierra saqueada, esquilmada, explotada sin amor filial, exigida con avidez caraginesa. El agricultor de estas zonas — pensemos en la Pampa argentina y en la agricultura *champignon* del litoral uruguayo provocada por los tenedores "precios oficiales" — actúa como un empresario industrial. Su vivienda, su equipo y su mentalidad son urbanos. El campo sólo configura el escenario de una actividad que protagonizan los tractores, las segadoras, las trilladoras, las embolsadoras. La tierra no es un fin; es un medio. Para hacerla producir "más y mejor" se la arruina; se aran los potreros de las viejas estancias; se crea una empresa comercial a cielo abierto, devorando en pocos años, con una agricultura

oportunistamente y erosionadora, la salud agrológica del suelo.

El economista alemán W. Röpke ha expresado que la peculiaridad sociológica de la agricultura consiste en que no es un negocio como cualquier otro sino una condición del mundo, una *weltanschauung*. La explotación campesina constituye una "economía de consumo y abundancia" en vez de ser una "economía de lucro y dinero" como muchos aspiran que sea. Repudia a las "fábricas de trigo", a las "fábricas de cerdos", a los *Koljoses* colectivizados, porque, además de representar una "aplicación a la producción orgánica primaria del esquema en que se basa la explotación industrial en gran escala", suponen la destrucción de los cimientos campesinos de "toda estructura social sana".

Y agrega unos conceptos que merecen ser hondamente meditados: "Quien considere que la agricultura es una industria como otra cualquiera, cuando la agricultura campesina es mucho más que esto, ya que representa una forma de vida completa, no tiene derecho a juzgar la huida del campo de modo distinto a como podría juzgar, por ejemplo, la huida de las fábricas textiles, y quien se limita a estudiar los problemas técnico-racionales que le incumben al ingeniero agrónomo, barajando abonos artificiales, tractores y rendimientos máximos, ignorará forzosamente que la agricultura ha

ANÁLISIS ESPECTRAL DE UNA ECONOMÍA CRIOLLA

ANTECEDENTES HISTÓRICO-SOCIALES DE LA PRODUCCIÓN

de cumplir una misión más elevada, a saber: *conservar y reafirmar las clases campesinas y la agricultura campesina, reafirmando su sutil estructura económico-social y espiritual, tan difícil de comprender para el profano en cuestiones campesinas*. La espina dorsal de una nación sana no es la agricultura sin más ni más, sino únicamente la de tipo campesino, mientras la no campesina puede ser incluso un peligroso foco patológico". (*La crisis social de nuestro tiempo*, 1956, págs. 258-259).

Si meditamos un sólo instante en los caracteres de nuestra ganadería, advertiremos que su signo comercial, extrovertido, la divorcia más profundamente todavía que la agricultura empresista del dramático diálogo con la tierra materna y nutricia, vinculada al hombre por lazos milenarios de trabajo y comunión geo-social.

Ni el estanciero ni el peón pecuario son campesinos en el estricto sentido del término. El dominio del ganadero sobre el reino zoológico no está compensado por la formación de un paisaje cultural, por la humanización incisiva de la naturaleza. Ser de a caballo y criar animales es herencia de nómadas; y si bien la ganadería comercial y la nómada se diferencian nítidamente, como C. F. Jones y G. G. Darkenwald lo demuestran en su *Geografía Económica*, no por ello el típico criador del Nuevo Mundo supera al peregrino ecuestre de Afrasia en adhesión terruñera, en amor al *humus* que condiciona al hombre. Espacio y animales configuran una ecuación que se desarrolla sobre el tapiz gramíneo; no hay una apetencia *chthonica*, subterránea como la Eris de Hesíodo, propiciada por el latido interno de la tierra. El territorio ganadero es superficie, extensión, horizonte dinámico; la tierra agrícola, en cambio, es raíz, es permanencia estática, sedentarismo existencial.

No es por lo tanto paradójico ni desmedido que digamos que el Uruguay, país con muy pocos campesinos verdaderos — los del viejo estilo canario, los de la granja a la italiana, los de Colonia Suiza — es una fácil presa de la urbanización, del incubo ciudadano. Las estructuras económicas y mentales de su sector primario lo orientan hacia la ganancia, que no es lo mismo que el bienestar, y erigen al dinero y a las proposiciones sobre la moneda, símbolos crematísticos de la criticada — y envidiada — ciudad, en los dioses cotidianos e imperiosos de sus devociones. La conciencia ruralista que acaba de surgir tiene, quíerese o no, declinación urbana. No se reclama el renacimiento moral de una ruralidad, de un modo de ser económico y social distinto al ciudadano aunque contemplado por la justicia distributiva en su plenitud creadora y en su autenticidad humana; se pretende llevar el Becerro de Oro al campo, comercia-



Puesto de un capataz de estancia. (Grabado publicado en "El Fogón" en 1901).

lizar el espíritu desinteresado y enemigo de contratos escritos del habitante de la campaña; hacer del gremialismo montevideano un arquetipo egoísta y crear instintos lucrativos en todos los sectores agropecuarios de la República. Esta es la desastrosa consecuencia sociológica que brota de un ruralismo sin ruralidad, de un campo sin campesinos.

La falacia del subdesarrollo. — Uruguay no es un país de economía vigorosa pero tampoco es un país subdesarrollado. Es, en esencia, un país dependiente en alto grado del mercado internacional en el cual ofrece sus mercaderías en compañía de otros pequeños gritones y aguarda el gesto magnánimo del poderoso comprador que, como el indio de Martín Fierro, "este quiero, este no quiero nos elegía con la lanza."

Casi el 90 % de lo que el Uruguay exporta está integrado por productos agropecuarios y el total de sus exportaciones representa alrededor del 30 % de la producción del país. No nos asustemos por los lazos que nos atan al sector primario. Mientras las fibras sintéticas no desplacen a la lana y mientras podamos aumentar la cantidad de ovejas con el correcto manejo de los potreros — y todo lo que hay detrás de un buen potrero — amén de la calidad y el rendimiento del textil, no nos irá del todo mal. El ejemplo de Nueva Zelandia en este sentido es aleccionador y no olvidemos, por otra parte, que la ganadería puede ser un ejercicio altamente democrático y antilatifundista.

Pero valga lo dicho sin olvidar la agricultura de consumo, la agricultura de tipo campesino, de la cual nos declaramos convencidos partidarios.

El concepto de subdesarrollo, un término de moda, no puede aplicarse al Uruguay, país de oferta concurrente pero no subdesarrollado.

Las Naciones Unidas en 1949 consideraban subdesarrollado al país cuya renta media por cabeza fuera menor de 100 dólares. Hacia 1954 las propias Naciones Unidas, por intermedio de sus agencias, calculaban alrededor de 300 dólares por cabeza la renta media nacional. Por este camino, pues, el criterio falla.

El concepto de J. Rose otorga carácter de subdesarrollo a los países con un gran potencial de recursos no explotados; para hacerlo se necesitan técnicos y capitales extranjeros que faciliten la *mise en valeur* (v el imperialismo). El Uruguay no tiene recursos minerales ni petróleo; explotamos las riquezas "renovables" de superficie y nuestro subsuelo, pobre de solemnidad, nos libera con una geológica providencia de las situaciones paracoloniales que afligen la mayoría de los países de América.

Otros autores consideran que no sólo basta recurrir a padrones económicos pues el subdesarrollo también abarca sectores sociales y políticos.

Alfred Sauvy, colocado en esta tesitura plurivalente, ha proporcionado diez tests muy significativos. Empero, la realidad uruguaya no coincide con ninguno de ellos.

El cuadro de Sauvy (*Théorie générale de la population*, 1954, Tº I, págs. 241-242) exige, para que exista subdesarrollo, la conjunción de los siguientes requisitos:

- 1 — Alta mortalidad, particularmente en el sector infantil. Vida media breve; promedio de 30 a 40 años.
- 2 — Fuerte fecundidad, próxima a la fe-

cundidad fisiológica o, por lo menos, ausencia de revisión en los nacimientos (*birth-control*).

- 3 — Alimentación insuficiente, inferior a 2.500 calorías, y muy pobre en proteínas.
- 4 — Gran proporción de analfabetas, a menudo ce cana al 80 % de la población.
- 5 — Predominio señalado del sector primario (agricultores o pescadores).
- 6 — Sub-empleo por insuficiencia de fuentes de trabajo.
- 7 — Sujeción de la mujer que, por otra parte, no trabaja fuera del hogar.
- 8 — Trabajo infantil a partir de los 10 años, o menos todavía.
- 9 — Ausencia o debilidad de las clases medias.

10 — Régimen autoritario en diversas formas; carencia de instituciones democráticas.

Si no fuera por el recargo que supone para una nota periodística, podríamos comparar punto por punto los porcentajes y las condiciones uruguayas con los tests de Sauvy para demostrar acabadamente que no somos una república subdesarrollada ni una expresión americana de la "geografía del hambre" descrita por Josué de Castro.

El mito del feudalismo. — Se ha dicho y repetido que durante el coloniaje América soportó un feudalismo tardío, impuesto por los conquistadores europeos, y que en el período republicano esas estructuras feudales pervivieron solapadamente en los latifundios agrícolas (*canaviales, Cotton Belt, cafetales*) o en las haciendas ganaderas (*hatos, estancias, ranchs, fincas, fazendas de gado*).

En el Río de la Plata, con inercia haragana, se continúa considerando a la estancia cimarrona como una institución de corte feudal. Más aún, se afirma que la impronta anacrónica del feudalismo pervivió hasta épocas cercanas.

Nada más incierto. En América y particularmente en el Uruguay no existió ningún tipo de feudalismo. Hubo, sí, en el caso de las encomiendas españolas y *sesmarias* portuguesas, elementos de configuración feudal, según la denominación de Sergio Bagú (*Economía de la Sociedad Colonial*, 1949, págs. 104 y sigts.), que fueron neutralizados por los de neto cuño capitalista, a saber: la acumulación de capital, el capital de tipo financiero, la producción para el mercado, la existencia de un pujante comercio — lícito e ilícito —, el carácter complementario de la producción y la presencia del salario (*Op. cit.* págs. 113-127).

En las antiguas estancias uruguayas, organizadas luego de la fundación de Montevideo en 1726, si bien existía un núcleo social con caracteres gentilicios o clánicos, el pretendido "señor feudal" enviaba tueros a la ciudad y con emplaba al puerto meridional como la Meca de sus designios comerciales. Y durante las posteriores etapas del saladero y del frigorífico el carácter empresista de la estancia se definió con mayor energía, al punto de convertirse en una "fábrica de carne y lana."

Por su parte, los *senhores de engenho* de la gran plantación brasileña, no obstante haber creado en sus *Casas Grandes* y *Serzalas* — ver la obra homónima de Gilberto Freyre — unidades sociológicas del tipo de la *Gemeinschaft*, tampoco pudieron eludir la producción para el mercado azucarero transatlántico.

La explicación de todo lo expuesto es



Piano del casco de la estancia de don Manuel Correa, en Pirajá, Lavalleja, dibujado por el propietario en 1842. (Museo Histórico Nacional.)

que cuando Europa descubrió el Nuevo Mundo lo hizo bajo el signo y el impulso del naciente capitalismo. Por lo tanto, pese a ciertas apariencias feudales, las estructuras económicas de la Colonia poseyeron entraña capitalista, vocación comercial, aperturas monetarias. La estancia uruguaya del siglo XVIII, un fenómeno tardío en la economía colonial, a despecho de su contextura gentilicia y su aislamiento geográfico nació mirando hacia la ciudad, hacia el mercado ultramarino, hacia las constelaciones abstractas del dinero.

Este eterno mirar — y despreciar — a Montevideo será el destino del ruralismo nacional de todos los tiempos. Y este es nuestro actual destino de camperinos abortados, de comerciantes al aire libre, de in-

dustriales a contrapelo, de productores chambones.

No estamos pagando hoy cuen as de dos o tres generaciones atrás ni pecados de gobernantes inservibles. Pagamos viejas deudas económicas, antepasados estilos de concebir y practicar los trabajos agropecuarios, añejas taras coloniales. Pero que no se hable de la supervivencia de un feudalismo criollo sino de un capitalismo de corte urbano instalado ideológicamente y financieramente en todo el territorio nacional.

Aclarados así algunos antecedentes históricos-sociales de nuestra producción rural podemos iniciar el análisis económico y sociológico de la misma.

Daniel D. VIDART.
(Especial para EL DIA.)



Corral. (Fotografía de fines del siglo XIX. Museo Histórico Nacional.)